

SENTIDO PEDAGOGICO DE LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA EN CONDORCET

La Filosofía de la Historia en la Ilustración

De la Ilustración se han dado multitud de definiciones. Otto Willmann, en su *Teoría de la Formación Humana*, cita algunas de las más importantes, pertenecientes ya a filósofos representativos de la época, ya a críticos e historiadores de la Filosofía. De todas ellas, la que más me ha satisfecho es la que recoge de Erdmann; y hago alusión a ella porque define a la perfección el pensamiento de Condorcet:

«La Ilustración —dice Erdmann— intentó dar al hombre, en cuanto individuo inteligente, el dominio sobre todo» (1).

Ya veremos más tarde cómo Condorcet, en su *Bosquejo de un cuadro histórico del Progreso humano*, se complace en describir las luchas de la razón con los poderes que se oponen a ella, de las cuales ha de salir aquella victoriosa alcanzando el dominio sobre todo, y venciendo la superstición y a la tiranía.

La Filosofía de la Historia de Condorcet no es la primera, pero sí de las más representativas, de la Ilustración. Todas las que se escriben en el Siglo de las Luces tienen una característica común: pretenden ser Historia del espíritu humano.

De aquí podemos explicarnos perfectamente el que los historiadores de la Ilustración historien el Progreso. Eso hace Condorcet en su *Bosquejo*; lo mismo hizo anteriormente Iselin en su obra *Sobre la historia de la Humanidad* (1764). Voltaire considera a cada época como un todo casi aislado en nada solidario del pasado: y no se comprende el Progreso sin el pasado. Condorcet no participa de esta idea; sin embargo, influye en su pensamiento en cierto modo. Para él cada época, cada etapa del Progreso, se da en función de un futuro mejor en el cual se realizarán sus ideales, los ideales de la Ilustración, de la Revolución Francesa.

Condorcet no está preparado para escribir sobre Historia, y menos aún —claro está— sobre Filosofía de la Historia. En lo científico, él es matemático. Nada tiene de extraño, pues, que incurra en exageraciones, que cometa errores... El razona sus pensamientos y le basta; exactamente igual que podría hacer con la demostración de un teorema. Y, claro

(1) Erdmann: *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, II, & 293. Cit. por Otto Willmann, *Teoría de la Formación Humana*. Madrid, 1948. Tomo I.

está, la Historia no es una ciencia exacta, no puede reducirse a Matemáticas.

Si nos hemos detenido a estudiar la obra de Condorcet como filósofo de la Historia, es porque hemos visto en ella un contenido casi exclusivamente pedagógico, o dicho con otras palabras: porque nos ha parecido que era eminentemente un tratado pedagógico.

Su obra; características y contenido.—Plan de nuestro trabajo

Condorcet escribe su *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* en 1794, cuando estaba en desgracia, perseguido de la Convención. No es un tratado original en el fondo. Se relaciona con la *Historia del Utilitarismo*, de M. Harlevy; con *El Contrato Social*, de Rousseau; con el *Espíritu de las leyes*, de Montesquieu; con el *Plan de Historia Universal*, de Turgot; con las ideas de Voltaire, de las que, en parte, ya hemos hablado. El objeto de la obra es distinguir, lo mejor que pudo, diez épocas históricas, que se diferencian precisamente por su «mayor o menor orientación hacia la cultura intelectual y moral única» (2).

El sujeto de esta Historia es el Progreso. Como el enemigo principal de él es la tiranía, resulta que la lucha por el Progreso es la lucha por la libertad. El desenvolvimiento espiritual tiene, pues, su correlato moral en la libertad de la Humanidad. Finalmente, hay otro concepto en la obra de Condorcet muy difícil de conciliar con los anteriores, como ya veremos: es el concepto de igualdad. Todo nuestro trabajo se va a desenvolver en torno al análisis de estos tres conceptos.

La idea de Progreso en Condorcet

Como todos los filósofos de la Ilustración, parte Condorcet de la perfectibilidad ilimitada del hombre: una perfectibilidad de la naturaleza humana con límites se opone a la libertad, y como la muerte, considerada en el orden natural, es un límite, Condorcet llega a plantearse el problema de la inmortalidad del hombre en este mundo.

Confía en que la medicina conservadora haga desaparecer las enfermedades transmisibles y contagiosas y todas aquellas que no se deban a la casualidad o los accidentes. ¿Adónde nos llevaría en este sentido el progreso? Condorcet no se atreve a vaticinar la posible inmortalidad del hombre, pero está muy cerca de ello cuando sostiene que el lapso de tiempo entre el nacimiento y la muerte puede aumentar *sin cesar*.

¿Qué entiende Condorcet por Progreso? El Progreso no es para él

(2) Brehier: *Historia de la Filosofía*. Buenos Aires, 1944. Tomo I, pág. 431.

otra cosa que el «resultado del desenvolvimiento individual de nuestras facultades...», considerado al mismo tiempo en un gran número de individuos reunidos en sociedad» (3). Los progresos de la perfectibilidad humana son independientes de todo poder que quiera detenerlos, y no tienen más término que la «duración del globo en que nos ha lanzado la naturaleza» (4). La marcha del progreso será más o menos rápida, pero nunca será retrógrada.

El Progreso, pues, no es otra cosa que el resultado social de la perfectibilidad ilimitada e individual del hombre. En la concepción del Progreso que tiene Condorcet vamos a distinguir lo que yo llamaría el progreso histórico, resultado de todos los factores que influyen en el avance o adelanto de una determinada época, y el debido, o que puede ser debido, a una disposición intencional de esos factores. Quizá pueda pensarse que este segundo aspecto, es decir, la educación, cabe perfectamente en el primero. Sin embargo, hay ciertas diferencias, porque en toda concepción educativa hay una proyección hacia el futuro que escapa a la Historia, y a veces es una reacción contra lo puramente histórico. Precisamente en este caso está Condorcet, quien pedagógicamente trata de romper todos los obstáculos que se oponen a la realización del progreso utópico, del que la Humanidad disfrutará en la décima época. Estos obstáculos son: la superstición, que impide el triunfo de la razón, y la tiranía, totalmente contraria a la igualdad. Tanto la una como la otra son un grave atentado contra la libertad.

La ignorancia ha sido considerada por y desde el Aufklärung como la situación humana apetecida por los Gobiernos absolutistas. La ignorancia, sostienen, hace impotentes a los hombres; los mantiene en un estado de indiferencia y de debilidad que hace posibles todos los desmanes. ¿Por qué es esto así? Porque la ignorancia no tiene ojos para la injusticia; no es capaz de plantearse el problema de la igualdad de la naturaleza humana, y toda tiranía tiene su base, precisamente, en la desigualdad y los privilegios.

La igualdad en Condorcet

Es en este instante cuando encontramos la más estrecha relación entre el pensamiento pedagógico y la Filosofía de la Historia de Condorcet, ya que ofrece soluciones para que la Humanidad goce en esa décima época ficticia y futura de que nos habla, de los mayores adelantos del Progreso.

«Nuestra esperanza sobre el porvenir de la especie humana —dice— puede reducirse a tres puntos importantes: la destrucción de la desigualdad entre las naciones, los progresos de la igualdad

(3) Condorcet: *Bosquejo de un cuadro histórico del Progreso humano*. Espasa-Calpe, Madrid, 1921. Tomo I, pág. 16.

(4) Condorcet: Op. cit. Tomo I, pág. 17.

en un mismo pueblo y, en el fin, el perfeccionamiento real del hombre» (5).

Es un hecho de todos conocido que entre unos hombres y otros hay notables diferencias, diferencias que impiden sea efectivo el primer artículo de la Declaración de Derechos del hombre: «Los hombres nacen libres e iguales en derechos, y las distinciones sociales sólo pueden fundarse en la utilidad común».

Para Condorcet estas diferencias tienen tres causas principales:

- 1.ª La desigualdad de la riqueza. 2.ª «La desigualdad de estado entre aquellos cuyos medios de subsistencia, asegurados para ellos mismos, se transmiten también a su familia, y aquellos para quienes estos medios son dependientes de la duración de su vida, o más bien de la parte de su vida en que son capaces para el trabajo» (6).
- 3.ª La desigualdad en la instrucción.

Ve la solución de las dos primeras causas en los seguros sociales y en la abolición por el Estado de las leyes que favorezcan la riqueza adquirida. La desigualdad en la instrucción se solucionaría simplemente con la enseñanza gratuita, pública, abierta libremente a todos.

Y vemos hasta qué punto su concepción es utópica si analizamos este pensamiento a las luces de la realidad, del ejemplo vivo. La enseñanza gratuita disminuye el número de los analfabetos, qué duda cabe, pero de ningún modo las desigualdades culturales y sociales. Porque el mundo del trabajo, el ambiente en que vive y se desarrolla el individuo, tiene una fuerza de expresión, transmisible, mucho más grande que las disposiciones estatales o la creación de instituciones. Y, además, la enseñanza gratuita es una de las fuentes mayores de la lucha de clases, porque si no es totalmente gratuita en todos sus grados y especies, diferencia a los educandos. En esto, pues, como en otras muchas cosas, falla el pensamiento de la Ilustración, y falla, no porque sea totalmente mala y despreciable una enseñanza de este tipo, sino porque no logra lo que pretende o, al menos, no lo ha logrado con los medios desplegados para conseguirlo.

Igualdad de sexos y lengua universal

Condorcet se plantea el problema de la desigualdad entre los dos sexos: «desigualdad de derechos —dice— funesta para el mismo que favorece» (7), que es preciso destruir completamente si es que el espíritu humano aspira a la felicidad.

(5) Condorcet: Op. cit. Tomo II, pág. 6.

(6) Condorcet: Op. cit. Tomo II, pág. 14.

(7) Condorcet: Op. cit. Tomo II, pág. 35.

Más importancia educativa tiene su idea acerca de la institución de una lengua universal, que no posee, sin embargo, pleno sentido igualitario, destructor de las diferencias lingüísticas entre las naciones. La lengua universal trata de ser un lenguaje científico que reduzca las ideas simples y generales de modo que puedan ser pensadas del mismo modo por todos los hombres. El problema, sin duda alguna, es interesante. La dificultad está en una contradicción que, encontrada por el mismo Condorcet, no es resuelta de un modo práctico. No puede hacerlo porque, como estamos viendo a cada instante, se mueve en el terreno de lo utópico. Nos referimos a que esta lengua universal sería fuente fecunda de desigualdades entre los hombres. El mismo ve que el uso de esta lengua dividiría a la sociedad en dos clases desiguales entre sí: la una, compuesta de hombres concedores de ella; la otra, «de los que, no habiendo podido aprenderla, se encontrarían en la casi absoluta imposibilidad de adquirir las luces» (8). Solución aportada: la lengua universal se aprendería con la ciencia misma, como ocurre con el Algebra. Como Condorcet no nos da una idea muy clara de lo que pudiera ser esta lengua universal, tenemos que conformarnos, bien a nuestro pesar, con su solución. El dice que tal idioma simplificaría y aclararía mucho las ideas. ¿Cómo? Problema. ¿Por qué causa operaría de tal modo? No es posible imaginarlo.

Libertad e igualdad como términos antinómicos

La más grande contradicción en que incurre el Siglo de las Luces es el haber colocado juntos en emblemas ideales dos conceptos que, mal entendidos como estaban, resultan antinómicos. Toda igualdad es contraria a la libertad; el ejercicio de la libertad humana destruye la igualdad.

Desde la Ilustración es un problema candente. Lo hemos visto expresado en los Derechos del Hombre. La doctrina socialista, supervalorando el término de igualdad absoluta de los hombres, emprenderá la tarea de la organización económica de la sociedad y dará pie a que irrumpa en la Historia la interpretación comunista de la vida, que, imponiendo la igualdad, desconoce la existencia de la libertad. Las últimas consecuencias de la Ilustración han sido, pues, funestas para uno de sus más característicos principios.

Por eso Condorcet, cuando habla de las desigualdades existentes entre los hombres, propone tímidamente que disminuyan continuamente

«sin aniquilarse, sin embargo, *porque tienen causas naturales y necesarias que sería absurdo y peligroso querer destruir, y tampoco se podría intentar hacer desaparecer enteramente sus efectos sin*

(8) Condorcet: Op. cit. Tomo II, pág. 42.

abrir fuentes de las desigualdades más funestas y *sin desencadenar sobre los derechos de los hombres* los ataques más directos y más funestos» (9).

¿En qué puede estar la dificultad? ¿Quién puede darnos la solución de la antinomia? Sencillamente, la revisión de los términos. Por lo que afecta a la igualdad, hemos de tomarla en el sentido en que la Iglesia católica enseña, o hemos de considerarla inexistente.

Según la Iglesia católica, todos los hombres son iguales en origen, en destino y en la disponibilidad de los medios naturales y sobrenaturales que Dios nos otorga para alcanzar el fin. El origen de las desigualdades está, precisamente, en el ejercicio de nuestra libertad —en el mal uso de ella—, en virtud del cual se logra o no el fin para el que todos nemos nacido.

La lucha por la libertad

Si ahora pasamos a analizar el progreso debido al perfeccionamiento de la razón, veremos que los bienes que el hombre ha de alcanzar no son pequeños. El más importante de ellos es el logro de las luces, el progreso científico, la rotura de todas las barreras que impiden al hombre alcanzar la Verdad y aun las verdades. De él se desprenderán los distintos progresos en las diversas manifestaciones de la vida humana. Nada de esto es posible mientras en este comercio con las verdades se mezclen intereses que él llama supersticiosos. Son los intereses que originaron la muerte de Sócrates, el incendio de la escuela pitagórica y otros muchos acontecimientos históricos que se realizarán mientras queden en el mundo sacerdotes y reyes. La historia nos ofrece el espectáculo de la lucha entre la Filosofía y la superstición, lucha que tiene por fin la libertad de la razón.

El papel que la libertad desempeña en la Ilustración está claramente determinado por Condorcet: «El espíritu humano, libertado de las ligaduras de su infancia, avanza hacia la verdad con un paso firme, hacia esta tierra feliz donde la libertad viene a alumbrar la llama del ingenio» (10). Le falta libertad al espíritu por dos motivos: Primero, porque el despotismo impide de un modo efectivo la propagación de las luces. Segundo, porque la adhesión a los principios religiosos, a una interpretación teológica de la naturaleza, nos impide hacer uso de la razón en el descubrimiento de la verdad. Según este último motivo, hay incompatibilidad entre razón y fe. Condorcet no comprende que la concepción religiosa del mundo, o mejor aun, el conocimiento religioso del cosmos es un conocimiento de ninguna manera opuesto al conocimiento

(9) Condorcet: Op. cit. Tomo II, pág. 15. (Lo subrayado es mío.)

(10) Condorcet: Op. cit. Tomo I, pág. 194.

científico, sino simplemente distinto. Solamente hay oposición, lucha, antagonismo, cuando uno y otro conocimiento nos dan una interpretación diversa de la realidad. El problema consistiría en saber a qué tipo de conocimiento le damos la prioridad. Pero hasta entonces no nos es legítimo admitir que el conocimiento religioso es un serio obstáculo que se opone al progreso de la ciencia, como han admitido los materialistas ateos y como, por desgracia, admiten numerosos espíritus débiles.

La libertad de pensamiento

De este modo nos enfrentamos con uno de los problemas cruciales de la Ilustración: el de la libertad de pensamiento. La libertad de pensamiento, que en un sentido autónomo recibe la denominación de libertad de conciencia, supone un intento de liberar al nuevo sistema educativo. Es una lucha por independizar al educando de la autoridad del maestro, de estimularle a estudiar con un espíritu de libre examen (11). Vemos claramente la filiación de esta idea. El mismo Condorcet propone que se cree una actitud crítica en los alumnos, a fin de forjar hombres totalmente independientes. Dice textualmente que se debe instruir a la masa

«para no depender ciegamente de aquellos a quienes hay necesidad de confiar el cuidado de sus negocios o el ejercicio de sus derechos...; para no ser la víctima de esos errores populares que atormentan la vida con terrores supersticiosos y esperanzas quiméricas; para defenderse de los prejuicios con las solas armas de la razón» (12).

En este sentido, libertad de pensamiento significa independencia absoluta del individuo que no reconoce más autoridad que la propia razón.

Los espíritus racionalistas admiten que en los problemas del Universo estamos desprovistos de libertad cuando nuestro pensamiento es guiado, no por las luces de la razón, sino por la autoridad divina, por la fe. Si creemos, no somos libres de seguir el dictamen de nuestra razón. Nos acercamos a los problemas de la ciencia con ideas preconcebidas, con conceptos elaborados sin ninguna base en la realidad.

A este respecto, yo pienso que en los problemas íntimos de la religión no se admiten disyuntivas. Se cree o no se cree. La fe, la fe de cada cual, la que traslada montañas y abre los ojos a la luz del sol, guía nuestra tarea, de cualquier tipo que sea, con una fuerza mayor que la de la misma razón. Cuando falta la fe surge la duda, que, siendo tér-

(11) Vid. Sister M. Angelicia Guinan, M. A.: *Freedom and authority in Education*. Washington, 1936.

(12) Condorcet: Op. cit. Tomo II, págs. 18-11.

mino opuesto a la creencia, pertenece, sin embargo, al plano de lo cognoscitivo. Y con la duda, confesémoslo, progresó muy mal la ciencia, porque en el mundo sólo han triunfado los que han creído y han creído firmemente, no los que, como Tomás, han visto y han tocado la Verdad, sino los que la han amado de todo corazón. Así, pues, la falta de fe no es problema exclusivo de la razón, sino también de la voluntad, y aun de la voluntad enferma, que, por desgracia, suelen tener muchos hombres de razón poderosa.

Pueden sucedernos cualquiera de estas dos cosas: o tenemos fe o no la tenemos. Lo que nunca podemos decir es que la fe nos quita la libertad de pensar, de alcanzar la verdad. No hay nada que imprima tanta libertad como una fe ardiente e inextinguible, y nada encadena tanto como la razón total y exclusivamente entregada a la búsqueda de la verdad.

Conclusión

Con esto se termina el cuadro histórico bosquejado por Condorcet. La Humanidad en la décima época ha visto, por fin, el predominio de las luces, la desaparición de la desigualdad y la injusticia, al mismo tiempo que, asentada sobre bases puramente racionales, ha alcanzado la felicidad inherente a una moral justa.

Hemos llegado a lo que pudiéramos llamar, al igual que en las novelas de intrigas, el desenlace de la Historia, de una Historia absurda, porque se da en el futuro, y es cosa segura que el futuro, por inexistido, no tiene historia.

La realidad da un mentís a las teorías racionalistas de la Ilustración. Podemos afirmar que, sin duda alguna, el mundo en que vivimos es el futuro de la historia de Condorcet. Y basta examinarlo para darse uno cuenta de lo lejos que está de aquellas doradas utopías. La angustia se ha convertido en uno de los problemas centrales de la Filosofía; para media Europa es el trabajo esclavo uno de los más corrientes medios de castigo; la mentira es utilizada eficazmente como recurso pedagógico; la igualación de los sexos ha denigrado la función de madre... Y es que la felicidad no puede buscarse en lo terreno y temporal. Las inquietudes del espíritu humano tienen su mejor expresión en aquella célebre frase de San Agustín que da al traste con todos los racionalismos: «Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti» (Conf. I, 1).

ALBERTO DEL POZO

Becario del Instituto «San José
de Calasanz», de Pedagogía.